



CLÁSICOS

SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL

Rosa Luxemburgo

Durante el año de 1914, el ambiente del inicio de la “guerra mundial” o “gran guerra”, impone un sentimiento nacionalista en el que se ven involucrados los partidos socialdemócratas de la época hasta entonces vinculados a la Segunda Internacional. El apoyo de importantes partidos socialdemócratas a la causa de la guerra, como el alemán que el 4 de agosto de 1914 aprueba el presupuesto militar en el parlamento, condujo al colapso de la Segunda Internacional y agudizó las contradicciones en el movimiento obrero mundial, que ahora se dividía entre el apoyo de la causa nacional de la guerra, sometándose a alianzas con la burguesía interna y el impulso de la causa común de las clases trabajadoras más allá de las fronteras.

Rosa Luxemburgo es sentenciada en 1914 y encarcelada en 1915 por el gobierno alemán debido al pronunciamiento público de su discurso anti-guerrista. Si bien es liberada por pocos meses en 1916, es nuevamente encarcelada en ese mismo año, permaneciendo tras las rejas hasta obtener la libertad definitiva en 1918¹. Los acontecimientos revolucionarios que ocurrían en Rusia desde 1905 y que condujeron al triunfo de la revolución socialista en 1917 ocuparon el interés de la Rosa Roja durante su encarcelamiento, de allí que durante los años de 1916-18 escribiera los textos que componen el libro *Revolución Rusa, un examen crítico*. El texto que presentamos a continuación titulado *Sobre la cuestión nacional*,

¹ El marco de la revolución de noviembre que junto con la inminente derrota de Alemania en la Gran guerra marcan el final del impero Alemán y la toma del poder del partido socialdemócrata. Rosa será asesinada pocos meses después por este nuevo gobierno.

conforma la última parte de dicho libro². Con la extraordinaria genialidad que la caracteriza, Rosa logra ver como la "causa nacional" que pretende garantizar la paz de la posguerra es la misma idea que justificó la guerra. El derecho a la autodeterminación de los pueblos adoptado por los países aliados y sellado en la conformación de la liga de las naciones se transforma rápidamente en un nacionalismo aprovechado por las burguesías en perjuicio de los intereses de las clases subalternas que se ven cada vez más polarizadas.

La crítica es hacia el movimiento socialdemócrata reformista, que ve según Rosa en este hecho el "triunfo de la democracia" como si los Estados nacionales nuevos y antiguos que ahora gozan de su derecho a la autodeterminación pudieran dejar atrás épocas de violencia y autoritarismo y se condujeran indefectiblemente al bienestar de todo el pueblo que puede decidir y participar en la vida pública. Con esta postura desconocen el carácter de clase del Estado nacional: la causa nacional es apropiada por las clases burguesas, que la hacen coincidir con sus propios intereses. La democracia será así un mero trámite electoral al que llega el pueblo con un marcado sentimiento nacionalista para decidir aquello que sus clases dominantes desean que se decida. La crítica está también dirigida a los Bolcheviques, que abrazan para la época el derecho a la autodeterminación de los pueblos como garantía para la paz y el manteamiento de la revolución, con esto la revolución rusa verá en

2 Texto extraído del libro publicado en el año 2017 por la Fundación editorial el perro y la Rana, compilado y revisado por José Aricó. En este se menciona que el aparte titulado "la cuestión nacional" si bien no se encuentra en el manuscrito original del libro fue introducido de la traducción al castellano de la edición Flory del libro "Revolución Rusa un examen crítico"

poco tiempo, como en aquellos países a los que los bolcheviques han reconocido el derecho a su autodeterminación: Ucrania, Polonia, etc., se configura un sentimiento nacional anticomunista del cual provendrán sentimientos e ideas contrarrevolucionarias.

Consideramos la lectura de este texto de vital importancia, no solo para entender la época de su emergencia, sino que también nos permite analizar el momento político actual. Rosa nos pide estar alertas cuando se nos exige como imperativo ético a todas y todos pensar en el destino de nuestros países, como si existiera una causa común que nos une como nación más allá de los intereses de las clases dominantes y las necesidades de las clases subyugadas. La revolucionaria polaco-alemana lo denomina la “borrachera nacionalista” y la conciliación de clases. La burguesía sabe administrar el sentimiento nacional con su idea de “democracia”: al pedirnos cada cierto tiempo que con nuestros votos “salvemos la patria”.

SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL

Rosa Luxemburgo

Mientras el odio de clase frente al proletariado y su revolución social se ha convertido así en la norma de todas las acciones de la clase burguesa, de su programa de paz y su política futura, ¿qué hace el proletariado internacional? Completamente sordo a las enseñanzas de la Revolución rusa, olvidado del ABC del socialismo, persigue el mismo programa de paz de la burguesía, ¡lo adopta como programa propio! ¡Viva Wilson y la Sociedad de las Naciones! ¡Viva la autodeterminación nacional y el desarme! Esta es ahora la bandera bajo la cual los socialistas de todos los países se encuentran imprevisiblemente reunidos junto con los gobiernos imperialistas de la Entente, los partidos reaccionarios, los arribistas social-gubernistas, los socialistas del pantano “fieles a los principios” de la oposición, los pacifistas burgueses, los utopistas pequeñoburgueses, los Estados nacionales de reciente constitución, los imperialistas alemanes

En todo gran período revolucionario aparecen para ser saldadas las más variadas cuentas viejas y nuevas: restos arcaicos del pasado se entrelazan desordenadamente con las cuestiones más actuales del presente y problemas del futuro apenas esbozados.

en bancarrota, el Papa, los verdugos fineses del proletariado revolucionario, los ucranianos pagados al servicio del militarismo alemán.

En Polonia, los Daszvnski en vinculación íntima con los pobres nobles galitzianos y la gran burguesía de Varsovia; en Austria alemana los distintos Adler, Renner, Otto Bauer y Julius Deutsch, espaldas con espaldas con los social-cristianos, agrarios y alemanes nacionales; en Bohemia los Soukup y los Nemec en filas compactas con todos los partidos burgueses: como una chocante y general conciliación de las clases. Y sobre toda la borrachera nacionalista, la bandera internacional de la paz. Los socialistas sacan en todas partes las castañas del fuego en favor de la burguesía, con su crédito y su ideología colabora en cubrir la bancarrota moral de la sociedad burguesa y a salvarla, ayudan a renovar y a consolidar el dominio de la clase burguesa.

Y como primera coronación práctica de esta untuosa política, asistimos a la postración de la Revolución rusa y la división de Rusia.

Pero se trata siempre de la política del 4 de agosto de 1914, solo que invertida en el espejo cóncavo de la paz. Capitulación de la lucha de clases, unión con las respectivas burguesías nacionales para una masacre bélica recíproca, transformada en una unión internacional a escala mundial con una "paz de reconciliación".

Todo termina en lo más vulgar, en lo más absurdo, en una fábula de nodriza, en comedia cinematográfica: el capital imprevistamente

desaparecido, las antítesis de clases imprevistamente anuladas. Desarme, paz, democracia, armonía entre las naciones, la fuerza que se inclina ante el derecho, el débil levanta cabeza. Krupp que producirá en lugar de cañones... fuegos artificiales para Navidad; la ciudad norteamericana Gary³³ que será transformada en un jardín de infantes Froebel, en Arca de Noé; el cordero que pasta tranquilamente junto al lobo; el tigre que ronronea con los ojos entrecerrados como si fuera la gran gata doméstica, mientras el antílope con los cuernos le rasca detrás de la oreja; el león y la cabra juegan juntos al gallo ciego. Y todo esto en virtud de la fórmula mágica de Wilson, el presidente de los multimillonarios norteamericanos: todo esto con ayuda de Clemenceau, Lloyd George y del príncipe Max von Baden.

¡Desarme, después que Inglaterra y EE.UU se han convertido en dos nuevos imperialismos! El Japón abastecedor, después que la técnica creció desmesuradamente. ¡Después que todos los Estados, a consecuencia de la deuda pública, dependen económicamente del capital de la industria bélica y financiera! Después que las colonias siguen siendo colonias. La idea de la lucha de clases capitula aquí ante la idea nacionalista. La armonía de las clases en cada nación aparece como presupuesto y complemento de aquella armonía entre las naciones que debería surgir de la guerra mundial bajo la forma de “sociedad de las naciones”. En el momento actual el nacionalismo absorbe todo. Desde todas partes naciones y nacioncitas se presentan a reclamar derechos de constitución en Estado. Cadáveres rejuvenecidos surgen de los sepulcros centenarios, infundidos de un nuevo impulso primaveral, y pueblos “privados de historia”, que no habían constituido hasta ahora organizaciones estatales autónomas, muestran una violenta inclinación a la formación de Estados. Polacos, ucranianos, rusos blancos, lituanos, checos, yugoslavos, diez naciones nuevas en el Cáucaso... Los sionistas fundan ya su ghetto palestinese, provisionalmente en Filadelfia... en el Blocksberg nacionalista es actualmente la noche de Walpurgis:

Traiga la escoba, traiga el bastón, y jamás volarás si hoy no vuelas.

Pero el nacionalismo es solo una fórmula. El núcleo del contenido histórico, que está detrás, es tan variado y rico en relaciones como la fórmula de la "autodeterminación nacional", detrás de la cual se esconde, que es vacía y mezquina.

Como siempre, en todo gran período revolucionario aparecen para ser saldadas las más variadas cuentas viejas y nuevas: restos arcaicos del pasado se entrelazan desordenadamente con las cuestiones más actuales del presente y problemas del futuro apenas esbozados. La quiebra de Austria y de Turquía representa la última liquidación del medioevo feudal, un codicilo al trabajo de Napoleón.

En relación, sin embargo, con la caída y la reducción de Alemania constituye la bancarrota del imperialismo más reciente y vigoroso, y de sus planes de dominación mundial forjados durante la guerra. Pero, al mismo tiempo, es solo la bancarrota de un método específico de dominio imperialista: a través de la reacción y la dictadura militar al este del Elba, a través del estado de sitio y los métodos de exterminio, es la derrota de la estrategia Trotha, transferida por los herero del desierto de Kalahari a Europa. La derrota de Rusia externa y formalmente análoga en sus resultados (formación de pequeños Estados nacionales) a la caída de Austria y de Turquía presenta, sin embargo, un problema totalmente opuesto: por un lado, capitulación de la política proletaria ante el imperialismo a escala nacional; por el otro, contrarrevolución capitalista contra la conquista del poder por el proletariado.

Un Kautsky, en su esquematismo pedante, de maestro de escuela, ve en ello el triunfo de la "democracia", de la

que el Estado nacional sería simplemente el complemento y la forma de manifestación. El árido formalismo pequeñoburgués olvida, como es natural, dar una ojeada al núcleo histórico íntimo. Como vestal del materialismo histórico olvida que “Estado nacional” y “nacionalismo” representan por sí mismos cáscaras vacías, en las que cada época histórica y las relaciones de clase de cada país vuelcan su particular contenido material. Los “Estados nacionales” alemán e italiano de 1870 fueron la consigna y el programa del Estado burgués, del dominio de la clase burguesa, y apuntaban contra el pasado medieval-feudal, el Estado patriarcal burocrático y el fraccionamiento de la vida económica.

En Polonia, el “Estado nacional” constituía la consigna tradicional de la nobleza agraria y de la pequeña burguesía opositora contra el desarrollo capitalista moderno, una consigna cuyo objetivo negativo constituía precisamente las manifestaciones modernas de la vida: tanto el liberalismo burgués como sus antípodas, el movimiento obrero socialista. En los Balcanes, en Bulgaria, Serbia, Rumania, el nacionalismo –cuyo comienzo se expresó representativamente en las dos sangrientas guerras balcánicas previas a la guerra mundial– fue, por una parte, la expresión del desarrollo capitalista en avance y del dominio de clase burgués en todos estos Estados, la expresión de los intereses contradictorios tanto de estas burguesías entre sí como del enfrentamiento de su tendencia de desarrollo con el imperialismo austríaco. Al mismo tiempo, el nacionalismo de estos Estados, aunque era en esencia la expresión únicamente de un capitalismo joven, apenas en germen, estuvo y está teñido de la atmósfera general de las tendencias imperialistas. En Italia, el nacionalismo va de arriba abajo y con exclusividad la enseña de apetitos puramente imperialistas-coloniales; este nacionalismo de la guerra de Trípoli y de los apetitos albaneses tiene tan poca semejanza con el nacionalismo italiano de 1850 a 1860 como el señor Sonnino con Giuseppe Garibaldi.

En la Ucrania rusa, hasta el golpe de Estado de octubre de 1917 en Petrogrado, el nacionalismo era una insignificancia, una pompa

La Revolución rusa, con el dominio conquistado por los bolcheviques, ha puesto al orden del día de la historia el problema de la revolución social. En general, ha exasperado al extremo la antítesis de clase entre el capital y el trabajo. Abrió imprevistamente entre las dos clases un abismo, del cual emergen vapores volcánicos y llamas de fuego.

de jabón, una bufonada de algunas docenas de profesores y abogados que, por lo demás, ni siquiera sabían hablar ucraniano. Desde el golpe de Estado bolchevique, dicho nacionalismo se ha convertido en la expresión de un interés bastante realista de la contrarrevolución pequeñoburguesa, cuyo filo está dirigido contra la clase obrera socialista. En la India, el nacionalismo es una expresión de la burguesía hindú en desarrollo, que aspira a una explotación autónoma del país por cuenta propia, en lugar de servir solo como objeto del desangramiento obrero por el capitalismo inglés. Por consiguiente, este nacionalismo corresponde, por su contenido social y su nivel histórico, a las luchas de emancipación de los Estados Unidos de América a fines del siglo XVIII.

De tal manera, el nacionalismo refleja todos los intereses inimaginables, las nuances, las situaciones históricas. Brilla de todos los colores. No es nada y es todo, es simplemente la envoltura ideológica; lo importante es determinar en cada momento su núcleo.

Así, la explosión instantánea y general, a escala mundial, del nacionalismo, oculta en su seno el entrelazamiento de los más variados intereses particulares y tendencias. Pero a través de todos estos intereses particulares el eje de dirección está constituido por un interés general producido por la situación histórica específica: la lucha contra la inminente revolución proletaria mundial.

La Revolución rusa, con el dominio conquistado por los bolcheviques, ha puesto al orden del día de la

historia el problema de la revolución social. En general, ha exasperado al extremo la antítesis de clase entre el capital y el trabajo. Abrió imprevistamente entre las dos clases un abismo, del cual emergen vapores volcánicos y llamas de fuego. Tal como en su tiempo la insurrección de junio del proletariado parisino, y luego la masacre, por primera vez dividió prácticamente la sociedad burguesa en dos clases contrapuestas en las que solo puede regir una ley: la lucha por la vida y la muerte, así también el dominio bolchevique en Rusia colocó prácticamente a la sociedad burguesa frente a frente con esta lucha decisiva por la vida o la muerte. Destruyó y disolvió la ficción de una clase obrera domesticada –con la cual puede acomodarse pacífica y amigablemente–, de un socialismo que en teoría lanza discursos rimbombantes, pero en la práctica cede al principio de vivir y dejar vivir. Destruyó aquella ficción surgida de la práctica de los últimos treinta años de la socialdemocracia alemana y, a partir de ella, de la Internacional. La Revolución rusa, con su puño rojo, ha mandado al diablo el *modus vivendi* entre socialismo y capitalismo creado por el último medio siglo de parlamentarismo, y ha hecho del socialismo, de un inocuo eslogan parlamentario pertinente al sol del porvenir, un problema sangrientamente serio del inmediato presente. Ella reabrió brutalmente la vieja y espantosa cicatriz de la sociedad burguesa, que data de las jornadas parisinas de junio del año 1848.

Pero todo ello en un primer tiempo solo en la conciencia de las clases dominantes. Tal como las jornadas de junio habían impreso instantáneamente, con la violencia de una descarga eléctrica en la burguesía de todos los países la conciencia de una antítesis irreconciliable frente a la clase obrera, habían alojado en su corazón el odio mortal hacia el proletariado; en tanto que los trabajadores de los distintos países necesitaron, por su parte, decenios para hacer suyas las enseñanzas de las jornadas de junio y la conciencia del enfrentamiento de clase. El mismo fenómeno vuelve a repetirse ahora. La Revolución rusa despertó en todas las clases poseedoras del mundo un sentimiento ardiente, rabioso, vibrante, mezcla de

temor y de odio, contra el espectro amenazador de la dictadura proletaria, que solo puede ser comparado con los sentimientos de la burguesía parisina durante las masacres de junio y la carnicería de la Comuna. El "bolchevismo" se ha convertido en el término que designa el socialismo revolucionario práctico a todas las aspiraciones de la clase obrera a la conquista del poder. En este abismo social abierto en el seno de la sociedad burguesa, en esta profundización y agudización internacional de la antítesis de clase reside el mérito histórico del bolchevismo, y en esta obra –como siempre ocurre en los grandes eventos históricos– desaparecen por insignificantes todos los errores y los defectos particulares del bolchevismo.

Estos sentimientos constituyen hoy el núcleo más íntimo de los delirios nacionalistas en los que, aparentemente, ha caído el mundo capitalista: son el contenido histórico objetivo al que en realidad se reduce el tornasolado muestrario de los sedicentes nacionalismos. En todas las burguesías jóvenes que aspiran hoy a una existencia autónoma no palpita simplemente el deseo de conquista de un dominio de clase incontrastado y emancipado de tutelas, sino también la búsqueda del placer tanto tiempo anhelado de estrangular con sus propias manos el enemigo mortal, el proletariado revolucionario, ya que hasta ahora debieron abandonar esta tarea a un ineficaz aparato estatal de dominación extranjera. Tanto el odio como el amor no admiten la participación de terceros. Las orgías de sangre de Mannerheim, el Galliffet finés, muestran cuánto odio surgido en el fragor del último año se anida en el seno de todas estas "pequeñas naciones", de todos los polacos, lituanos, rumanos, ucranianos, checos, croatas, etc. Y espera solo la oportunidad de desahogarse

de una buena vez, también con medios “nacionales”, en las vísceras del proletariado revolucionario.

En todas estas naciones “jóvenes”, que como corderitos brincan cándidos e inocentes sobre el prado de la historia mundial, brilla ya la mirada abrasadora del tigre feroz, que espera el primer movimiento “bolchevique” para un “ajuste de cuentas”. Detrás de todas las banderas idílicas y las fervorosas fiestas de fraternización en Viena, Praga, Agram, Varsovia, se abren ya las fosas de Mannerheim que los guardias rojos son obligados a cavarse, se columbran como sombras confusas las horcas de Charkov, a cuya erección los Lubinsky y los Holubovitsch invitaron en Ucrania a los “liberadores” alemanes.

Y el mismo pensamiento dominante impregna todo el programa de paz democrático de Wilson. En la atmósfera de embriaguez de victoria del imperialismo angloamericano y del espectro bolchevique en circulación sobre la escena mundial, la “sociedad de las naciones” puede ser madre solo de una cosa: de una alianza burguesa a escala mundial para la represión del proletariado. El primer despojo humeante, que el sumo sacerdote Wilson a la cabeza de sus augures llevará al arca santa de la “sociedad de las naciones”, será el de la Rusia bolchevique, sobre el cual se lanzarán las “naciones autodeterminadas”, vencedoras y vencidas en un único bloque.

Una vez más, las clases dominantes manifiestan su instinto infalible por sus propios intereses de clase, su maravillosamente fina sensibilidad por los peligros que las amenazan. Mientras en la superficie reina para la burguesía el mejor de los tiempos y los proletarios de todos los países se embriagan con las brisas

primaverales nacionalistas y societarias, la sociedad burguesa siente dolores en todos sus miembros, que le indican la depresión barométrica inminente y un cambio repentino de atmósfera histórica. Mientras los socialistas, en la función de “ministros nacionales”, se preparan, con estúpido celo, a sacar las castañas de la paz del fuego de la guerra mundial, ella entrevé ya detrás de sus espaldas el destino inevitable que se aproxima, ve esbozarse el espectro gigantesco de la revolución social mundial, tácticamente en escena desde las sombras.

La incapacidad objetiva de resolver sus tareas, ante la que está colocada la sociedad burguesa, hace del socialismo una necesidad histórica y torna inevitable la revolución mundial. Cuánto debe durar este período final, cuáles formas está destinada a asumir, nadie está en condiciones de predecirlo. La historia ha abandonado los carriles habituales y el paso corto, y todo nuevo paso, todo nuevo cambio de calle, abre nuevas perspectivas y escenarios.

Lo que importa es comprender el problema real de este período.

Este problema tiene nombre: dictadura del proletariado, realización del socialismo. Las dificultades del objetivo no dependen de la fuerza del adversario, de las resistencias de la sociedad burguesa. Su última ratio, el ejército, se ha convertido a consecuencia de la guerra en un instrumento inutilizable para los propósitos de sujeción del proletariado, se ha vuelto revolucionario. Su base de existencia material, la conservación de la sociedad, fue destruida por la guerra. Su base de existencia moral, la tradición, los hábitos, la autoridad, se ha dispersado a los cuatro vientos. Toda la estructura aparece conmovida,

fluida y en movimiento. Las condiciones de la lucha por el poder son favorables como nunca lo fueron en la historia del mundo para ninguna clase en ascenso. El poder caerá en el regazo del proletariado como un fruto maduro. Las dificultades residen en el proletariado mismo, en su inmadurez o, mejor, en la inmadurez de sus jefes, de los partidos socialistas. La clase obrera se resiste, vuelve a retroceder espantada ante la confusa imponentia de sus objetivos. Pero ella debe, debe. La historia le cierra toda escapatoria a la tarea de conducir fuera de las tinieblas y del horror hacia la luz de la liberación a la humanidad tiranizada.